



HISPANIA

Número suelto, DOS REALES

SUMARIO

Portada (en colores). — Feminismo. — De luengas tierras, por Manuel Lassala. — Acuarela (en colores), por O. Junyent. — Soberbia, por Pous y Palau. — El Observatorio del "Mont-Blanch," por Max de Nansouty. — Estudio, por F. Domingo. — Barracas de la huerta de Valencia y Las Grupas. (De fot.) — Las dos hermanas, por E. Reverter Delmas; ilustraciones de Carlos Vázquez. — Novísimo descubrimiento, por Camilo Millán. — Agua fuerte, retrato de Leon Bonnat, por el mismo. — Una equivocación, por F. Vinyas. — Máximo Gorki, por José Brissa. — En el café cantante, por E. Torent. — Los Nibelungos. (Continuación). — Por esos teatros, por Un espectador. — Sección de Ajedrez.

FEMINISMO



... y por eso digo á ustedes que las mujeres hermosas y desamparadas no tenemos otro medio de sacudir el yugo del hombre que la emancipación del sexo...

DE LUENGAS TIERRAS

POR MANUEL LASSALA

EN Calabria se dan los bandidos como en Valencia se dan las chufas. Y este producto de la tierra calabresa es estimado y honrado como se merece, porque lleva en sí un sello de originalidad y un prestigio histórico que ya quisieran tener los míseros países decadentes, tan pobres de savia y tan encanijados que sólo dan ya criminales menores y asesinos chapuceros como Cecilia Aznar, incapaces de herir la imaginación popular y de hacerse querer de veras por los honrados hijos del terruño. Ahí tenemos al simpático Musolino, malograda-mente puesto á la sombra desde hace poco: no sólo se ganó las ardientes simpatías de las mujeres italianas de todas las clases, no sólo ha logrado los honores de la controversia en toda la península y la aureola del héroe legendario entre los moradores del Sud, sino que ha tenido la suerte de conseguir hasta un crítico malévol. El Sr. Morasso, en la *Revista Moderna*, se desahoga llamándole asesino, maleta, cobarde, hombre vulgar, y diciendo que ni en la manera de perpetrar ni en el propio carácter ha mostrado Musolino rasgo alguno *pintoresco*. Este dardo es el que ciertamente escocerá más al digno *penado*, pero no le regateará nadie, ni el Sr. Morasso, el servicio que ha prestado á la ciencia y á la humanidad echando un jarro de agua fría sobre el áscua creadora del profesor Lombroso: Musolino no tiene los estigmas del criminal nato.

Triste es reconocerlo, pero el facineroso novelesco va escaseando relativamente en la Italia meridional y, lo que es peor, bastardea de su genial linaje. Mas ¿en qué nación no se apolilla una ú otra de las glorias más preciadas? En Francia, por ejemplo, disminuyen los duelos. Fijarse bien en esto: si una institución tan culta y un ejercicio corporal tan saludable como el duelo francés decae en el aprecio público ¿qué puede augurarse de otros institutos de función menos obvia, como la Legión de Honor ó la Academia Francesa? M. Emilio Faguet, académico de meollo, nos cuenta que no solamente los duelos escasean, sino que raras veces son fatales. Tenía yo desde muy atrás opiniones fijas sobre la escasa mortalidad del desafío clásico, sobre la benignidad del código del honor y sobre la santísima intención de los combatientes, pero no podía corroborarlas mejor tinta. Monsieur Faguet atribuye la inocuidad de

los espadachines franceses á la excelencia de los padrinos. *Connu, farceur*: los padrinos traspirenaicos tienen la delicada misión de embotar la punta y el filo de los sables, sisar la pólvora, medir la distancia á ojo de buen padriño, etc. Todo eso me parece muy bien, pero si así es ¿qué necesidad hay de la flamante «*Ligue contre le duel*»? M. Faguet se ha dignado inscribirse en ella cuando ha visto que su objeto era predicar en todas partes la estupidez de dicha institución, pero lo que no puedo entender qué pito tocan en esa liga los partidarios del duelo, sobre todo si son académicos y se les supone sanidad de la mente. M. Faguet, no es enemigo del duelo; sino de su profanación; lo que él juzga que desde luego se podría y se debería suprimir, es el batirse con poca formalidad: *tous les petits duels bêtes*. Mas es dudoso que los aficionados á este deporte tengan en cuenta los pareceres de los ligueros, porque la raíz del obrar no está en el entender, sino en el querer. Los argumentos más contundentes no hacen mella alguna en las voluntades mal dispuestas, como se ha visto en la catástrofe de San Pedro de la Martinica. Durante cien años la isla no ha cesado de tener augurios en los espantosos terremotos que la han sacudido; todos estaban persuadidos de que tarde ó temprano el volcán reventaría, pero los más supersticiosos se tomaban mil años de tiempo para arreglar los preparativos de la mudanza. ¡Podemos mirar con sonrisa tan burlona un peligro remoto y es tan cómodo alejar los

plazos desagradables! Una ciudad como yo (no revelaré su nombre) que viviría en perpétua zozobra si no aplazase el día de su catástrofe. En cuanto llueven cuatro gotas, ya está con el agua al cuello; organizanse los socorros en barca por las calles, hay que subir á los tejados para deliberar en seco y los amantes de distinto barrio tienen que hablarse con portavoz. Pues bien; eso se considera allí como una diversión: los ricos organizan tertulias en los desvanes, los pobres hacen *juerga* y chillan hasta que les llevan condumio y vino, y todos los días se manda al Gobernador cierto telegrama urgente, que pone los pelos de punta y que se saben de memoria los damnificados y... los gobernadores, cierto telegrama que siempre lleva prevenido todo alguazil en todo bolsillo, cierto telegrama mágico que termina con las palabras del ábrete sésamo: *Pan y bacalao*!



Y así los obreros huelgan gozosamente gracias á la providencial inundación. Verdaderamente están en su derecho al aprovecharse de las circunstancias, ya que donde las dan las toman. Los paternales gobiernos lo mismo reparten pan y bacalao que reparten palo: eso es según la fuerza de las circunstancias. En los Estados Unidos de América, que son la Meca de la democracia, como dijo Castelar, se pueden observar estos fenómenos en su sencillez elemental: allí se reconocen y practican todos los derechos; el de trabajar, el de holgar, el de fastidiar y el de patear. Existen allí hordas vagabundas de bárbaros civilizados que se llaman *hobos*, los cuales hobos, ó dígase obreros nómadas, participan de la naturaleza del hombre y de la naturaleza de la langosta. El hobo bebe por regla general mucho más de lo que necesita para salvarse y recibe en especie el estipendio de su trabajo, pero como ilustración práctica del principio de libertad individual, nunca se sabe si un hobo aguantará la labor más de tres días ó solamente tres horas. En cambio, cuando los hobos llegan á un distrito nuevo donde hay escasez de brazos ó de bestias de carga, los ciudadanos de la gran república arrameten con ellos, los echan como fardos en las carretas y los expiden á los campos donde hacen falta y donde es seguro que sudarán lo que hayan bebido. Las cosas de este mundo son ó no son tolerables según el nombre que se les pone, radicando en esto su bondad intrínseca. El arrebato colectivo de *hobos* se llama en el país *body-snatching*, que significa *rapto de cuerpos*, con lo cual queda perfectamente legitimado en un país cristiano, ya que á las almas se las deja en libertad absoluta.

Otra práctica americana de alta filosofía se relaciona con el problema económico. A los europeos no se nos ha ocurrido nunca ensayar la influencia benéfica de la música en la cantidad y calidad del trabajo. Ciertamente es que en Londres, en Holborn, hay un restaurán donde se come con orquesta; pero por la clase especialísima del trabajo no me atrevo á asegurar que el experimento tenga un valor apreciable. Al revés en las plantaciones del Sud de los E. U. se considera necesaria la música en todo negocio bien entendido: un sexteto toca todas las tardes desde las dos hasta el anochecer y el resultado tangible es un 30 por ciento en la cantidad de labor desempeñada por los negros. Supongo que el color de la piel no influirá en el resultado de este experimento y propongo que en lo sucesivo no se monte ningún taller de calderería y forja sin un piano decente; pero ya me figuro que esta excitación culta y desinteresada será desoída. ¡Somos tan rehacios y tan tardos en adoptar las cosas buenas del extranjero!

En desquite, los extranjeros se apresuran á imitar nuestros cantos bélicos, parte no despreciable de la herencia poética que nos han legado nuestros mayores. La Revista *Good Words*, en el frenesí patriótico de la coronación, se ha corrido con 50 libras para la mejor oda alusiva al acto. Con lo cual ha venido á demostrarse que en el imperio de

Eduardo VII abundan más las odas que las libras, porque al certámen han concurrido 1084 poetas, entre blancos y de color. El codiciado premio se lo ha llevado un clérigo escocés, Mac Lean Watt, y con razón, porque se le ha ocurrido un símil muy poco sobado. Dice que « las huestes de Inglaterra siguieron á su bandera hasta que el mundo tembló bajo sus plantas ». ¡Qué apagada, qué tímida y ñoña aparece esta imagen ante los ojos del español neto, que se sabe de memoria la fulgurante estrofa del « Dos de Mayo! »:

« Tembló el orbe á tus legiones
» Y de la espantada esfera
» Sujetaron la carrera
» Las garras de tus leones. »



O. JUNYENT



POUS Y PALAU

SOBERBIA

El Observatorio del "Mont-Blanch"

M. J. Vallot, sabio é intrépido fundador del Observatorio meteorológico, físico y glaciario del *Mont-Blanch*, acaba de publicar los volúmenes IV y V de los *Anales* del Observatorio.

Es cosa altamente atractiva é interesante seguir en esta hermosa obra las diversas peripecias de la lucha científica emprendida contra las dificultades de la naturaleza, contra la nieve, contra el hielo y contra el frío á 4.358 metros de altitud. Esta es la situación, única en el mundo, en que resueltamente ha plantado M. J. Vallot su Observatorio.

El sabio ingeniero y meteorólogo nos participa este año, como, sin haber recibido desahucio de ningún género, tuvo que marcharse de aquella región de todo punto interesante pero también inconfortable. Pero lo más original fué que partió llevando con él su observatorio, practicando la máxima célebre del filósofo Bias: *Omnia mecum porto*.

El Observatorio había sido emplazado, en un principio, á poca distancia de la cima, en un sitio recomendable sobre todo por la facilidad y la rapidez con que podía verificarse en él la edificación. No hay que perder tiempo para construir á 4.358 metros de altitud, en un paraje donde hay que soplarse á menudo los dedos á causa del frío.

El pequeño edificio científico fué pues, construido sobre una gran roca plana, la cual no rebasaba más que de algunos centímetros el campo de nieve que cubre el monte.

Durante tres años la cosa no ofreció dificultad. Pero sobrevino un período terrible de nieves: la construcción mantúvose firme, aguantando el viento y las borrascas y, debido á su resistencia obstinada, llegose á acumular á sus lados gran cantidad de nieve, empezando el campo á aumentar su nivel.

¡Lucha terrible! M. Vallot, creyendo el percance un contratiempo pasajero, hizo retirar la nieve por una brigada de obreros. Pero la invasión era formidable y, en vez de las palas de que los obreros se servían vióse obligado á proveerse de grandes sierras, con las cuales mandaba aserrar la nieve congelada, formando con ella grandiosos bloques que, cargados sobre un trineo, eran precipitados por una pendiente.

También este recurso fué pronto insuficiente: la nieve, convertida en mar, seguía subiendo, lo cubría todo, sumergía el Observatorio.

No quedaba otro recurso que marcharse. Esto es lo que hizo M. Vallot. Pero como no era del caso abandonar la partida científica, no hizo más que replegarse sobre una roca vecina, donde, en 1892 había construido un refugio para los *touristes*.

Esta roca tiene la forma de un timón de navío y viene á pique: la nieve intenta tenazmente asaltarla, pero es desdeñosamente recibida, no logrando nunca su objeto. Por lo cual fué instalado allí el nuevo Observatorio.

En 1898 M. Vallot establecióse en compañía de veinte obreros en la antigua construcción completamente sepultada en la nieve, llevando en ella durante cuarenta y cuatro días, según el mismo reconoce, una verdadera vida de esquimal. Si cumple su promesa, algún día nos sorprenderá con la narración de aquella vida, narración que nadie debe cansarse de solicitar, pues será sin duda emocionante y de gran interés. Entretanto, puede afirmarse que el nuevo Observatorio, puesto sobre su emplazamiento en mes y medio de trabajo encarnizado, mide 10 metros de largo por 6 de anchura, cuatro metros de altura en el centro y 2 en ambos lados. La arista rocosa ha sido reforzada por un muro de contención de 15 metros de largo por 5 de altura y 2 metros de espesor, el cual completa la defensa del timón contra la nieve.

El Observatorio, que posee un hermoso espacio entre la roca y el muro de contención, tiene menos departamentos pero más grandes que el antiguo. Comprende un cuarto laboratorio para el director, otro destinado á los sabios huéspedes del observatorio, un comedor común, una cocina, con alojamiento para los guías, un taller de reparaciones y un granero que coje la mitad de la construcción. Los sótanos sirven para la conservación de las provisiones de carne fresca y de combustible. La construcción es de madera y de doble pared, revestida de cobre, *blindada* como un navío, lo cual la asegura contra las filtraciones y garantiza la conservación del calórico en el interior. Por medio de señales ópticas comunica con la estación correspondiente de Chamonix. En fin, el amparo meteorológico ha sido fijado en un sitio adecuado y la nieve no puede sumergirlo.

En 1898 el Dr. Andressen de Berlín fué allí á determinar con éxito la influencia del espesor atmosférico sobre los rayos amarillos. El profesor

Cora, de Turín, verificó también allí estudios geográficos apreciados por todo el mundo. Además, 180 *touristas* han recibido hospitalidad en el Observatorio.

En 1899 M. Vallot estuvo allí trece días en compañía de M. M. Juan y Luís Lecarme, de París, y con el barón de Gonmoëns realizando experimentos sobre la telegrafía sin hilos, los cuales fueron comunicados á la Academia de Ciencias. Mme. de Vallot, quedóse en Chamonix, encargándose de las manipulaciones eléctricas de la estación subalterna: lo cual vale tanto como decir que tan delicada labor estuvo en buenas manos.

En Agosto de 1900 estuvo M. Vallot en el Observatorio durante 17 días con las mismas personas, á las cuales se había añadido M. Collet, estudiante de Ciencias Físicas de Ginebra. A pesar del mal tiempo, persistente

por desgracia, pudieron efectuarse buenos trabajos.

No es posible resumir, en una simple nota, todos los documentos interesantes que vienen á añadirse á los precedentes en los nuevos volúmenes de los «*Anales del Observatorio del Mont-Blanc*». Lo que si podemos decir es que M. Vallot prosigue sus pesquisas sobre los torbellinos, estudiados según los movimientos simultáneos del estatoscopio y de la veleta. También ha emprendido el estudio fisiológico de la aclimatación del hombre en las regiones altas y de los cambios que provoca en la respiración y la circulación de la sangre. El barón de Gonmoëns así como M. M. Juan y Luís Lecarme, no solamente asisten á M. Vallot en sus experimentos, sino que se someten personalmente, con una buena voluntad á la cual es preciso rendir homenaje, á sus ensayos fisiológicos.

M. Enrique Vallot, digno colaborador de su hermano, continúa su importante trabajo del Mapa del *Mont-Blanc*: Mme. de Vallot, busca la influencia de la altitud sobre la descomposición del papel fotográfico y estudia la actinometría química, así como la velocidad de los torrentes.

Merece atención, en los nuevos volúmenes de los *Anales*, un importante trabajo sobre los movimientos del *Mar glacial*, recorrido por el director del Observatorio de 1891 á 1899.

He aquí el breve resumen de este nuevo capítulo de una de las más bellas empresas científicas que se llevan á cabo actualmente. Sus activos é incansables autores merecen ya la más viva admiración y los impulsos de la ciencia universal, de lo cual reciben diariamente testimonios venidos de todas las partes del mundo, testimonios á los cuales se suman, con la expresión de la mayor simpatía, los más vivos deseos para el éxito completo en el cumplimiento del amplio é instructivo programa que se han trazado.

MAX DE NANSOUTY



F. DOMINGO

ESTUDIO.



BARRACAS DE LA HUERTA DE VALENCIA



LAS GRUPAS (COSTUMBRES VALENCIANAS)

García, fot. Valencia

LAS DOS HERMANAS

ROGELIA y Anita E... habían quedado huérfanas en los primeros años de su juventud. Educadas por un tío, que no se había impuesto otro deber que el de amarlas, cada una de ellas había crecido entregada á sus propias inclinaciones, sin tener más educación que la que la proporcionaran las circunstancias. Pero el mundo es un libro peligroso para quien lo estudia sin preceptor

y guiado sólo por su inexperiencia y sus pasiones: en lugar de leer lo que se encuentra en él, vemos á menudo lo que queremos encontrar, y faltos de un guía que nos reprenda, nuestras prevenciones llegan á ser preceptos y nuestros errores principios.

Esto precisamente sucedió á la joven Anita. Dotada de una imaginación viva y de una voluntad firme, pero de un carácter absoluto, habíase acostumbrado á no titubear jamás en sus resoluciones y á mostrarse impasible para con los demás, como lo era para consigo misma.

La intolerancia de la juventud, que no es otra cosa que la inexperiencia de la vida, habíase transformado en ella en una especie de regla de conducta: sentía vivamente, juzgaba según la sensación y obraba sin moderar sus repentinos arranques. Resultaba de esto lo que era lógico y natural: un rigor y una prontitud cuyas consecuencias convertíanse frecuentemente en pesares. La práctica de la vida no le había enseñado aún que las mismas virtudes, para ser humanas, necesitan atemperarse con la ternura y la paciencia.

Felizmente, Dios había puesto á su lado la más dulce de las enseñanzas, esto es el ejemplo de su hermana. Tan animosa como sincera, Rogelia era menos implacable. No era uno de esos corazones novelescos que no saben doblegarse ni esperar.

Contando algunos años más que Anita, había aprendido á conocer que la existencia terrestre no es más que un cambio de indulgencias, de beneficios, de perdón y que el papel de Radamanto no pertenece á naturalezas mortales. Muchas veces había detenido á Anita en



sus resoluciones extremas, pero la joven hermana se rebelaba contra las indulgentes amonestaciones de Rogelia, y rehuía consultarla con el fin de evitar las objeciones.

Desde la muerte de su tío, sobre todo, Rogelia había llegado á ser el verdadero jefe de la familia y ejercía este título con una autoridad que Anita no se atrevía á contrarrestar, pero á la que, en determinadas circunstancias, esforzabase en oponer obstáculos.

Una dolorosa ocasión se le presentó, á propósito de su prometido Emilio M... Habíase señalado ya una fecha muy próxima para el casamiento, y esperando el día pre fijado se había establecido una correspondencia entre ambos prometidos. Las cartas de Emilio, ausente de su lado, eran afectuosas, pero generalmente cortas, lo cual disgustaba á Anita y movíala á dirigirle muy ásperas convenciones. El joven se disculpaba con los infinitos negocios de la casa de Londres, á la cual se acababa de asociar, y con su vista un poco fatigado. Esta última excusa inquietó grandemente á la joven, por cuanto Emilio había estado amenazado ya, en otra ocasión, de una oftalmía grave. Anita se informó con su acostumbrada vivacidad de la naturaleza y de la gravedad del mal; pero Emilio respondió con ligereza y chanceándose, á fin de tranquilizarla completamente.

No obstante, su correspondencia iba siendo cada día más breve y más rara. La fecha señalada para el casamiento se acercaba, y Emilio pretextó cierto negocio, que le obligaba á aplazarla para más adelante.

Al recibir esta carta una llamarada de indignación encendió el rostro de la joven; luego palideció densamente, y por primera vez sintió en su pecho los efectos de la duda. Incapaz de disfrazarla, escribió á su prometido advirtiéndole que su promesa no debía encadenarle y que si titubeaba en cumplirla, ella no le manifestaría su despecho ni rencor, pero lo que unicamente reclamaba era sinceridad.

Emilio contestó por medio de un billete que sólo contenía algunas líneas, cuya confusa escritura probaba la precipitación con que fueron trazadas, anunciando á su amada que marchaba á Berlín para realizar un negocio que no admitía retardo, y que á su regreso contestaría á su pregunta. Terminaba suplicando á Anita que le esperase y le conservase en su amistad.

Esta carta hirió á la joven en lo más vivo del corazón: la brevedad de la respuesta, el aplazamiento respecto á la explicación, la especie de contrariedad que se adivinaba en la carta, todo la persuadió de que su prometido se arrepentía de la palabra que le había dado. En vano la suplicó Rogelia que no decidiese nada antes de recibir la carta prometida; pero Anita no sabía esperar, y herida en su dignidad, en sus esperanzas y en su inclinación, previno el golpe con la inflexible resolución que le era habitual. Escribió á su prometido devolviéndole su palabra y declarándole que toda alianza entre los dos era desde aquel momento imposible... Y temiendo las objeciones de su hermana, no le habló nada respecto á la carta, que se apresuró á entregar á uno de los criados para que la depositase en el correo.

* * *

Transcurrieron quince días sin recibirse noticias de Emilio.

Una tarde se hallaba Anita sola en el salón, contemplando desde la ventana el sol poniente. Una lágrima silenciosa deslizábase por su pálida mejilla, sin que ella misma lo notara. El ruido que hizo la puerta al abrirse la sacó de su ensimismamiento, y, enjugando prontamente sus ojos, se volvió... Su hermana acababa de entrar.

Tenía ésta un semblante alegre y risueño, pero á la vez conmovido: llevaba en la mano una carta y aproximose á Anita, á la cual abrazó con ternura.

— Te buscaba, hermana mía, — dijo; — es preciso que hablemos detenidamente.

— ¿Qué ocurre? — preguntó Ana.

— He de hacerte una larga confesión y te ruego que me escuches con paciencia.

— Habla; ya te escucho — replicó la joven siempre desconfiada.

Rogelia se sentó y Anita permaneció de pie, apoyada en el respaldo del sillón.

— La carta que Emilio te ha escrito antes de partir para Berlín — prosiguió la primera — te ha herido vivamente, y no escuchando más que á tu descontento, le has contestado...

Ana quiso interrumpir.

— Déjame acabar — advirtió Rogelia; — tu le has contestado al momento, y una gran parte de la noche la has empleado en escribir esa respuesta, porque la lámpara no se apagó hasta las tres de la madrugada.

— Y bien, es cierto; pero, por favor te pido que no hablemos...

— Es preciso, — replicó Rogelia con tono de dulce firmeza; — esa carta que has escrito, Ana mía, era la expresión de un resentimiento amargo, y ella rompía enteramente el proyectado enlace.

— ¿Cómo lo sabes? — exclamó la joven.

— Antes que saliese de casa quise leerla — contestó Rogelia.

Anita se irguió, con la mirada severa y frunciendo el entrecejo.

— ¿Tu? — dijo — ...¿Y quien te ha dado facultades?

— Mi amistad — observó dulcemente la hermana mayor; — sé por experiencia lo inflexible que eres en tus resoluciones, Ana, y tuve miedo de lo que hubieras decidido, bajo la inspiración de tu descontento... ¡Ay! mis temores no eran infundados.

— No me arrepiento de lo ejecutado: — dijo con altivez Ana. — Sufro, no obstante, con la ruína de mis esperanzas, y sufriré mucho tiempo, tal vez, pero este dolor no es por arrepentimiento... Vale más romper una cadena funesta antes que nos haya ligado, aun cuando el esfuerzo despedace el alma, que condenarse á arrastrarla eternamente. Si hoy Emilio no encuentra tiempo para escribirme, dentro de algunos meses no lo hallará para hablarme; si el éxito de una especulación en Berlín le interesa más que la opinión en que se le pueda tener en X..., nosotros no hemos nacido para vivir unidos, porque no podremos entendernos nunca.

— ¿Y quien te ha dicho que no te engañaras al juzgar la



conducta de Emilio? — replicó Rogelia, que había escuchado á su hermana con grave tristeza. — ¿Estás tan segura de tí misma para condenarle de ese modo á primera vista? Te quejas de sus lacónicos escritos, de su aparente vacilación, de su repentino viaje... Pues bien; escucha esta carta suya que acabo de recibir.

Rogelia desdobló el pliego que tenía en la mano y leyó lo que sigue:

« Mi querida amiga y simpática Rogelia: hago escribir á otro por no poderlo hacer yo mismo. Es preciso que sepas la verdad. Hace tres meses que la oftalmía de que veíame amenazado ha llegado á ser cada día más grave; pero nada he querido decirlos para no alarmaros. Procuraba engañarme á mí mismo, y, sin embargo, mis inquietudes iban en aumento. Ana acusaba mi laconismo sin saber que cada esquelita me costaba un trabajo doloroso. Evitaba apesadumbrarla, pero sus amargas convenciones despedazan mi corazón.

« Un célebre oculista alemán, decíanme, podía únicamente curar mi mal, y decidí dirigirme á él como al Destino. Si me condenaba, no quería asociar á tu hermana á una existencia tormentosa y perdida, y estaba resuelto á quedar á solas en mis tinieblas con la esperanza de no permanecer en ellas mucho tiempo. Contesté, en consecuencia, á Ana, aplazando la explicación que me pedía hasta mi regreso de Berlín. En esta ciudad me encuentro todavía; pero ¡tranquilo ya y casi dichoso! Gracias á los auxilios de la Ciencia, mi mal se disipa y el sabio que me asiste promete una próxima y completa cura. Esta promesa significa para mí, no solamente la luz, sino la vida: una vida de alegría y de ternura al lado de mi amada Ana.

« Trasmítele con precaución esta carta. He podido evitarte la inquietud, evítale tú la menor emoción dolorosa: que no sea yo nunca para ella ocasión de una tristeza, ya que ella no ha sido nunca para mí más que causa de reconocimiento y de felicidad. — *Emilio.* »

La lectura de esta carta produjo desde las primeras palabras intensísima emoción en el ánimo de Anita. La verdad habíase presentado á sus ojos como una luz radiante y fulgorosa, y á medida que la lectura avanzaba, su fisonomía reflejaba todas las sensaciones de la sorpresa, del pesar, de la ternura, del arrepentimiento, de la gratitud... Todo lo había comprendido: el noble silencio de Emilio, su generosa indecisión y la especie de aplazamiento, del cual estaba tan indignada. Todas sus acusaciones se convirtieron entonces en alabanzas, y tanto como le había condenado, ensalzólo después.

Lágrimas de reconocimiento y de ternura inundaron el rostro de la joven. Inclínada sobre su hermana, la estrechaba entre sus brazos sin poder balbucir palabra. De pronto se incorporó: el recuerdo de la carta de rompimiento, escrita por ella, acababa de acudir á su mente, preocupando su pensamiento y traspasando su corazón como un dardo.

Dejóse caer sobre una silla, cubriéndose el rostro con ambas manos y rompiendo el dique de contención que había opuesto al caudal de sus lágrimas.

— ¿Qué tienes? — preguntóla enternecida Rogelia.

— ¡Ah! — exclamó — Yo misma he matado mi felicidad.

— ¿Qué quieres decir?

— ¡Mi carta!... ¡mi carta! — sollozó la joven.

— Hela aquí, — dijo la hermana mayor, presentándola abierta á los ojos de Anita.

Ésta lanzó un grito de alegría, y se arrojó en brazos de la hermana, exclamando:

— ¡Ah!... ¡me has salvado!

— Sí, — contestó Rogelia con dulzura, — pero advierte que no se salvan sino aquellos que se exponen á su pérdida. No olvides jamás este aviso que acaba de darte la Providencia. La verdadera firmeza consiste en esperar. Cuando se trata de juzgar á los demás, se puede creer el bien fácilmente; pero para creer el mal es necesario esperar las pruebas.

— ¡Oh! ¡gracias! ¡gracias! — balbució la joven desprendiéndose de los brazos de su hermana y cayendo desfallecida y ruborosa en un sillón.

E. REVERTER DELMAS

Ilustraciones de CARLOS VÁZQUEZ



NOVÍSIMO DESCUBRIMIENTO

CONFORME va pasando el tiempo, parece que marchamos más de prisa.

Cualquiera diría que nos vamos deslizando por un plano inclinado y que obedecemos á una ley de física.

En esta especie de atropellamiento, en este correr vertiginoso, los descubrimientos se suceden con rapidez increíble, y una sorpresa casi no da lugar á otra.

El último de los descubrimientos de que tengo noticia fué... de hace pocos días, de ayer, quizá de esta mañana: la noción del tiempo se pierde en medio de este vivir eléctrico.

Y como todos los descubrimientos recientes y que se relacionan con la naturaleza del hombre, resulta interesante, prodigioso, innovador.

Hasta hoy, el que quería oler bien, se derramaba encima un frasco de esencia: desde hoy y merced á la perspicacia del doctor Roussel, la procesión irá por dentro, es decir: que el perfume no se derramará en el pañuelo sino en la sangre.

Las esencias se introducirán en el cuerpo humano por medio de inyecciones subcutáneas y la sangre quedará perfumada.

Y la transpiración olerá después á rosas, á violeta, á benjuí, lo que más agrade al inyectado.

Las geringuillas Privat van á extender su esfera de acción.

En lo sucesivo formarán entre los mil accesorios del tocador de las damas.

Y serán objeto de animadas conversaciones y de ardientes controversias femeniles.

Lo que no sabemos aún es el tiempo que durará la acción del perfume sobre la sangre, y esto entraña grandísimo interés por los incidentes que puede derivar.

Véanse algunos ejemplos.

Joaquinillo está preñado de Rufina y consigue ser presentado en casa de ésta, no sin haber tenido que vencer muchas dificultades.

Ofrécese á los ojos de la bella vestido con arreglo al último figurín, acicalado por el mejor peluquero, y trascendiendo á esencia de bergamota.

Palpítale el pecho con inusitada violencia porque prevé que de su primera entrevista con Rufina va á depender su ventura ó su desgracia, y se aproxima á ella con el afán del deseo y, al mismo tiempo, con la timidez de la duda.

Sus ojos no se separan de los de la bella, como si en ellos quisiera leer la primera impresión que produce en su alma.

Y observa que Rufina retira de pronto la mano que le alargaba, y que la sonrisa de sus labios se trueca en mohín, al parecer de disgusto.

¿Cuál es la causa de cambio tan repentino?

La ignora, pero se propone descubrirla, y á trueque de ser importuno, inquiere, interroga, insiste, hasta que la bella le dice, ya aburrida.

—Porque huele usted á melón, y ese olor me desagrade.

—Dispense usted: huelo á bergamota.

—Pues nadie lo diría; mas para el caso es lo mismo: tanto me desagrade un olor como otro.

Joaquinito se retira corrido y renegando de la esencia de bergamota, de las inyecciones subcutáneas y del doctor Roussel.

Don Froilán es hombre que no puede sufrir olores de ninguna clase, porque todos le producen neuralgias.

De su mesa se hallan proscritos los albaricoques y las manzanas porque dice que huelen á perfumería.

Esto tiene muy contrariada á su señora que es partidaria de las esencias.

Un día recibe don Froilán carta de un amigo establecido en Gijón invitándole á una montería en Asturias: será una excursión que durará un par de semanas.

Don Froilán, que es aficionadísimo, acepta y parte en el tren, diciendo á su consorte que no lo espere lo menos en veinte días.

Una de las primeras operaciones de Matilde es la de inyectarse esencia de heliotropo á grande dosis como si quisiera desquitarse de la forzada abstinencia á que la tenían condenada las neuralgias de su esposo.

Hétenos ya á Matilde transformada en *bouquet* por sus emanaciones odoríferas, y hétenos también que al siguiente día de su partida regresa don Froilán con un humor de dos mil diablos por haber recibido en la estación de Valladolid un telegrama de su amigo rogándole que no continuase el viaje por haber quedado aplazada la montería hasta el mes siguiente.

Entrar en su casa, acercarse á su mujer y empezar á estornudar, todo es uno.

No menos de media hora le dura el acceso: la gorra de viaje sale disparada de su cabeza lo mismo que un proyectil en uno de los estornudos, y sus ojos, llenos de lagrimones, parecen dos fuentes de vecindad.

Imposible restablecer ya la paz del hogar alterada por el heliotropo.

La fuerza de la neuralgia trastorna de tal modo á don Froilán, que le hace emigrar de su casa para siempre.

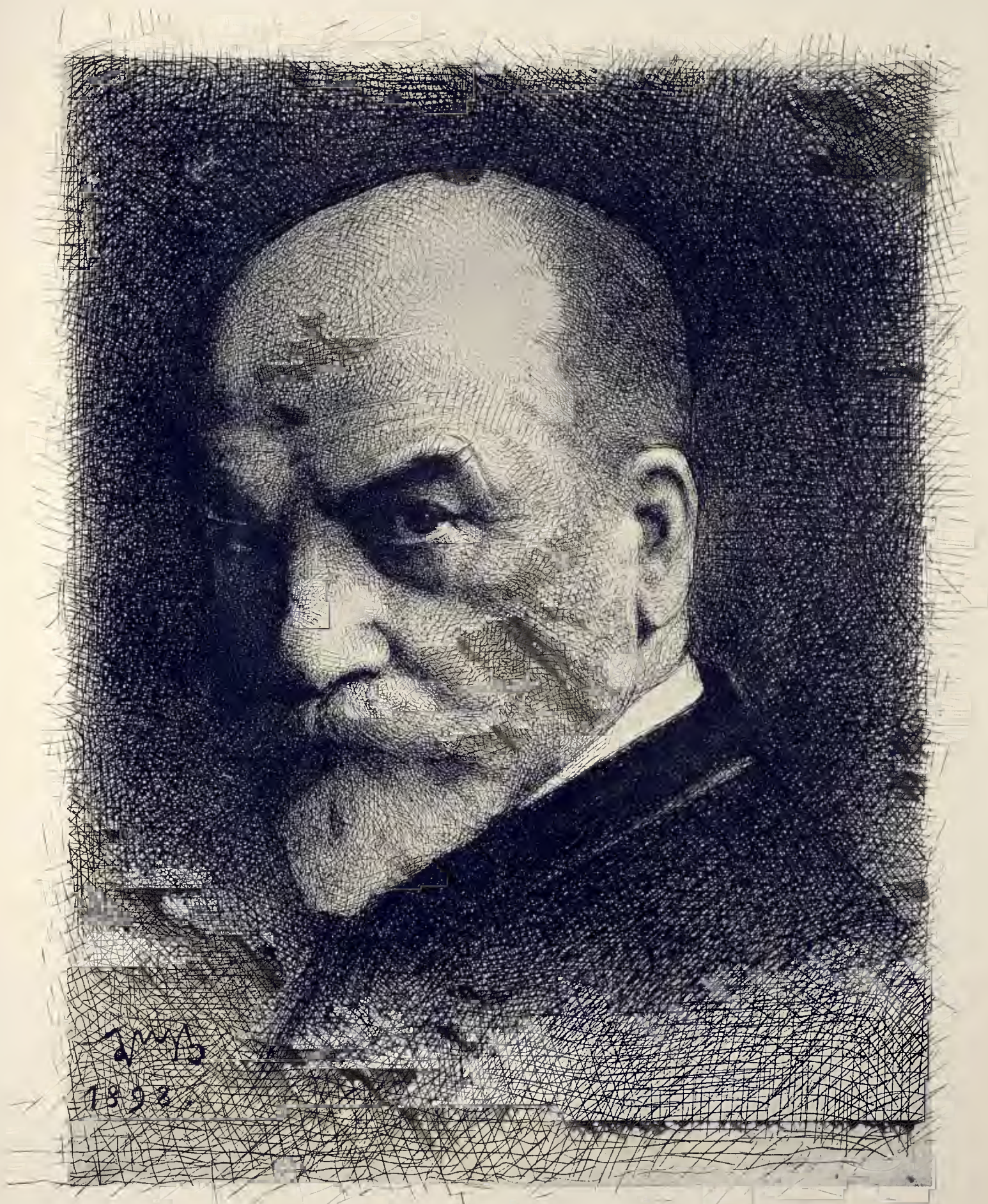
Como estos casos han de darse muchos.

Las inyecciones aromáticas han de producir en la vida humana notas trágicas y notas cómicas.

Y no ha de ser extraño que, al ir uno á visitar á una dama, le diga la doncella con la sonrisa en los labios.

Pase usted á la sala y espere un poco, porque á mi señora la están acabando de inyectar.

CAMILO MILLÁN

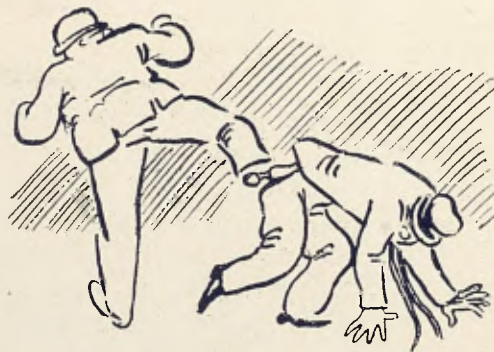
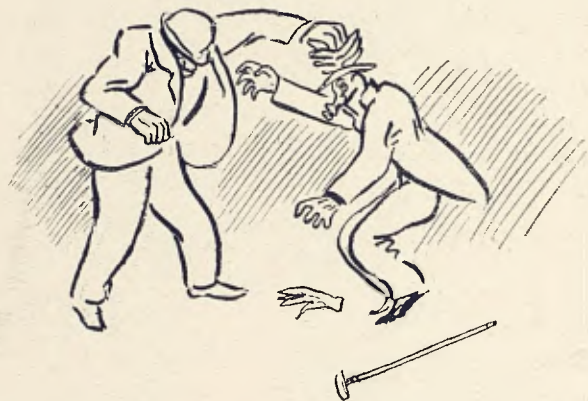


AQUA FUERTE RETRATO DE LEÓN BONNAT, POR EL MISMO. PROPIEDAD DE D. C. V.

UNA EQUIVOCACIÓN



1.— ¡Gracias á Dios que te cojo!



7.— Usted me dispense, lo he confundido con otro.



8.— ¡...!

F. Vinyas

MÁXIMO GORKI

No siempre han de conocer las gentes á los grandes autores después de su muerte. No siempre se han de dar alabanzas á los que fueron, sino que es justo tributarlas, cuando se merecen, á los que son. Por esto hablamos hoy en estas columnas de Alejo Pechkow, nacido en Nigni-Novgorod en 1868 ó 1869, según ingenuamente confiesa él mismo, que á punto fijo no sabe la fecha de su nacimiento, de humildísima familia, conocido desde hace tres años en la República de las letras con el pseudónimo de Maximo Gorki, que equivale en ruso á la idea que expresa «el gran desdichado» en castellano.

Desde hace tres años, se le conoce, desde hace cerca de uno, le consideran en todos los países civilizados como uno de los grandes escritores que en todas las épocas ha producido la humanidad. En su patria, en Alemania, en Inglaterra, en Polonia, en Francia y en Italia se hacen continuas ediciones de sus obras. Exceptuando el solitario de Isnaia-Poliana, no hay escritor moderno que alcance la popularidad de Maximo Gorki. Muchos editores se han enriquecido publicando sus obras, lo cual es tanto más admirable, cuanto que sólo hace cinco años que para el público escribe.

¿Qué tiene de particular el estilo, ó qué de notable tienen las concepciones de Gorki, para que así se estime su labor y canten sus alabanzas los mejores literatos del mundo? En primer lugar, la vida misma del autor, agitada y llena de peripecias, es ya por sí sola una obra maestra de desdichas que despierta el interés de todos los lectores. Huérfano á los nueve años, recogido por un tío suyo, entró de aprendiz en el taller de un escultor tallista. Escapó de allí, no gustándole el oficio, y después de ser sucesivamente encuadernador, pinche de cocina, ayudante de jardinero, marmolista, á los diez y seis años estaba de tahonero en Pern, después de haber recorrido á pie distancias enormes. En *Konovalev* y *Veintiseis y una*, describe Gorki de un modo magistral las fatigas indecibles de la existencia del oficial tahonero. No pudiendo resistir esas fatigas, marcha al poco tiempo hacia el Volga, y se contrata como descargador de buques, y pasa así dos años, hasta que un día, ansiando ver nuevas tierras y estudiar costumbres para él desconocidas, se dirige hacia el sur en compañía de unos vagabundos, y así recorre todo el Cáucaso y la Crimea, penetra en Asia, y sin dejar su vida vagabunda, pasa por las principales ciudades del Turkestan y de Siria. Un día, de tal manera le pesó su existencia sin objeto y sin ideales, que encomendó al cañón de una pistola la tarea de acabarla. La bala mal dirigida le destrozó el cuello y el hombro, y cuando llegó á la edad de cumplir el servicio militar, no entró en filas por inútil. Duran-

te una temporada, estuvo con un abogado, y allí empezó á leer con afición tal, que en breve tiempo y robando horas al sueño, devoró todos los libros que cayeron en sus manos. Después, sintiéndose estrecho en aquel despacho de abogado, no pudiendo soportar la ingrata tarea de copista, entró de nuevo en el batallón de los vagabundos, y durante tres años recorrió en todos sentidos las tierras de la Santa Rusia.

Pero la semilla que cayera en su inteligencia encontró terreno abonado y fructificó lozana. A pesar de su vida errante, no cesó de leer ni un solo día, y mientras sus compañeros de infortunio bebían ó dormían, Gorki, á orillas del mar, que nadie ha descrito de un modo tan magistral como él, ó en plena estepa, iluminado por un sol que no encuentra en aquellas planicies otros límites que los del horizonte, leía y estudiaba á la par, leía en los libros, estudiaba en los hombres, en sus compañeros, libros siempre abiertos para aquel que sabe leerlos, porque la franqueza y el descaro vicioso de los vagabundos, prescinden de toda hipocresía, y por lo tanto son fáciles de comprender.

En esta época, (tenía entonces veintisiete años,) es cuando al llegar á cualquier gran ciudad iba Gorki á las redacciones de los periódicos y les entregaba los manuscritos que escribiera en pleno campo, teniendo por todo techo la inmensa bóveda de los cielos. Uno de sus primeros trabajos, el *Makar Tehudra*, llamó poderosamente la atención de los literatos, á pesar de que el estudio tiene defectos de bulto. Poco tiempo después, publicó en la revista *Rossia* su famoso cuento *Tchelkache*. Desde entonces se le consideró como un gran escritor.

En los cinco años últimos, ha publicado dos grandes novelas, el *Tomas Gordieff* y *Los tres* y ocho volúmenes de relatos cortos que son verdaderas obras maestras en su género.

Seduca y avasalla desde el primer momento el estilo de Maximo Gorki, porque en nada se parece al estilo de los demás escritores.

Es mucho más sencillo y mucho más fuerte. Sus descripciones y sus imágenes son tan nuevas y tan exactas, que aquel que las lee, imagina que por vez primera ha leído una descripción del mar ó de la estepa. No cuida mucho de explicar al lector los detalles y particularidades de los personajes que pone en acción, pero tiene una mano feliz para hacer que, de un solo trazo, surja del campo de la fantasía un hombre real y verdadero que despierta acto seguido el interés del lector.

Si los relatos y novelas de Gorki no valieran mucho, no sería ciertamente la calidad de los personajes que pone en

acción lo que los avalorara. Se le ha llamado y con razón, «el poeta de los miserables», «el cantor de los vagabundos», «el novelista de los desdichados». Tan cierto es esto, que en todas sus obras, apenas si hay personajes que ocupen una posición social elevada. Exceptuando *Thomas Gordeieff*, no aparece en ninguna de sus narraciones otra cosa que gente desaharrapada, pobres de espíritu ó de inteligencia, que recorren el mundo como los pájaros los campos, á merced de la casualidad, ó fiando alguna vez en mañas que no son de las más recomendables. No se crea sin embargo, que Gorki hace un panegírico de sus antiguos compañeros. No intenta jamás hacer creer que son mejores de lo que son en realidad. Les muestra con todos sus defectos y todas sus miserias, sin tratar de atenuar aquéllos, ni de hacer resaltar éstas de un modo excesivo. Es un Velázquez de la pluma, que pintando los borrachos y los vagabundos, ha demostrado que los escritores de alto vuelo, como todos los grandes creadores, necesitan sólo de algunos elementos, para producir obras maravillosas.

Una noche de tempestad en la estepa, una puesta de sol vista desde la playa donde mueren, una tras otra, las olas rumorosas, y la conversación y los recuerdos de dos vagabundos que miran como muere el día ó acechan

el instante de la alborada, bastan á Gorki para trazar un cuadro magistral, de esos que no se olvidan, porque persiste en el cerebro la impresión profunda que producen.

Desterrado hace poco por el gobierno del Czar al Cáucaso, ha tenido la habilidad de burlar la persecución de que era objeto, y hoy por hoy, nadie sabe donde está el eximio novelista. Quizá su cuerpo, que estaba ya acostumbrado á la vida regalona de las ciudades, ha vuelto á cubrirse con los harapos del vagabundo, y quizá entre sus antiguos compañeros de peregrinación y de miserias recoje nuevos datos para asombrar luego con ellos á cuantos admiran el talento y sus creaciones.

La filosofía de Gorki encarna casi por entero en lo que dice Kuvalda, uno de los héroes de *Los ex-hombres*, á uno de sus compañeros, ante el cadáver de otro:

«Llegará nuestra hora y todos moriremos del mismo modo. ¿Qué importará entonces haber vivido de una ú otra manera? Todos moriremos igualmente. Este es el fin de la vida, creedme. El hombre vive para morir, y muere... y si así es... ¿no resulta indiferente vivir de un modo ó de otro, morir aquí ó allá? ¿Verdad Martianov? Bebamos aún... bebamos en tanto que vivimos...»

JOSÉ BRISSA



E. TORENT

EN EL CAFÉ CANTANTE

LOS NIBELUNGOS

(CONTINUACIÓN)

TAN fielmente ha cumplido las órdenes que el rey le ha dado, que él y su acompañamiento han muerto. Mira ahora á tu alrededor, señora Crimilda, para ver á quien das tus órdenes: hasta su fin, os ha servido el valeroso Rudiguero.»

«Por si no queréis creerme vais á verlo.» Entonces, para causarle mayor aflicción, trajeron al héroe con la cabeza hendida, á sitio desde donde pudiera verlo el rey. Los hombres de Etzel no habían experimentado nunca una pena mayor.

Cuando vieron al margrave muerto, ningún escritor podrá decir ni contar como lloraron hombres y mujeres. Todos sentían el corazón destrozado.

La pena del rey Etzel, era muy grande. Semejantes á los rugidos del león, eran los lamentos del rico rey, y lo mismo hacía su esposa. Muchos lloraron la muerte del muy noble y valiente Rudiguero.

á quienes amábamos en el Huneland, han sido matados. Aquí yace Rudiguero, muerto por los Borgoñones.»

«Ninguno de los que habían venido con él, ha podido escapar.» La aflicción de Helferico no pudo ser mayor. Nunca había recibido una noticia que le causara tanta pena. Volvió á Dietrich llorando y lamentándose.

«¿Qué habéis podido saber?» preguntó Dietrich, «¿por qué lloráis tanto, héroe Helferico?» El noble guerrero respondió: «Gran motivo tengo para llorar; los Borgoñones han matado á Rudiguero.»

El guerrero de Berna, dijo: «No lo habrá querido Dios. Sería demasiada venganza; sería una jugada del demonio. ¿Cómo puede ser que Rudiguero haya tenido tan triste suerte? Yo sé que es muy amigo de los extranjeros.»

El fuerte Wolfhart, le respondió: «Si han hecho tal cosa, es menester que todos lo paguen con la vida. Si lo sufriéramos, sería una vergüenza, un deshonor. Grandes servicios nos ha prestado el brazo de Rudiguero.»

El jefe de los Amelungos mandó tomar mejores informes. Sentóse á una ventana con el corazón oprimido. Luego dijo á Hildebrando que se acercara á los extranjeros para saber por ellos lo que había pasado.

El fuerte guerrero en los combates, el maestre Hildebrando, no llevaba en las manos ni escudo ni armas. Quería llegar cortesmente á los extranjeros, pero el hijo de su hermana le hizo una observación.

El furioso Wolfhart, le dijo: «Si vais sin armas, os ultrajarán y tendréis que retiraros de un modo vergonzoso: llevad vuestras armas y os respetarán muchos.»

Siguiendo el viejo el consejo del joven, Hildebrando tomó sus armas, y antes que lo advirtiera, todos los guerreros de Dietrich tenían las espadas en la mano. Esto causó pena al héroe y hubiera querido evitarlo.

Preguntó á donde querían ir: «Nosotros queremos ir contigo, porque Hagen de Troneja es tan osado, que podría hablarlos con desprecio, como hace con frecuencia.» Cuando escuchó esto, el héroe accedió á los deseos de los guerreros.

Vió el fuerte Volker como avanzaban los guerreros de Berna, la gente de Dietrich, con las espadas ceñidas y los escudos al brazo y lo hizo saber á sus señores de Borgoña.

El músico dijo: «Se aproximan hacia acá en actitud hostil los hombres de Dietrich, armados y cubiertos con el yelmo: querrán atacarnos y me parece que nos ocurrirá una desgracia.»

Sin tardar más llegó Hildebrando: puso á sus pies su adornado escudo y preguntó á los que acompañaban á Gunter: «Decidme, buenos héroes, ¿qué habéis hecho de Rudiguero?»



XXXVIII

DE COMO MURIERON TODOS LOS GUERREROS DE DIETRICH

Por todas partes se escuchaban tan grandes lamentos, que retemblaban las torres y el palacio. Lo oyó uno de los hombres de Dietrich de Berna y se apresuró á comunicar la horrible noticia.

Dijo al príncipe: «Óyeme, señor Dietrich: en lo que he vivido no sentí tan grandes lamentos como los que ahora llegan á mi oído. Parece que el rey mismo ha perecido en esta fiesta.»

«De otro modo ¿cómo habían de estar todos en tan grande aflicción? El rey ó Crimilda, uno de los dos, ha muerto por la cólera de esos fuertes extranjeros. Muchos héroes soberbios lloran amargamente.»

El príncipe de Berna dijo: «Mi querido guerrero, no te precipites tanto: cuanto hayan hecho esos extranjeros ha sido obligados por la necesidad: déjales la ventaja de que esté en paz con ellos.»

El fuerte Wolfhart dijo: «Yo iré á la sala para saber noticias de lo que han hecho, y haré saber á mi querido señor cual es la causa de los lamentos que se escuchan.»

El noble Dietrich contestó: «Cuando se espera hallar la cólera, las preguntas importunas irritan el alma de los guerreros: por esto, Wolfhart, no quiero que les preguntes nada.»

Mandó á Helferico que fuera y preguntara lo que había sucedido, fuera á los hombres de Etzel, fuera á los extranjeros. Nunca habían visto á gente tan profundamente afligida.

El mensajero llegó y preguntó: «¿Qué ha sucedido?» Uno de los que allí estaban le respondió: «Todos aquellos

«Me ha enviado mi señor Dietrich, para que me digáis si la mano de uno de vosotros ha matado á ese noble margrave, según nos han dicho. Nosotros no podremos sufrir tan dura pena.»

El furioso Hagen, le respondió: «Lo que os han dicho no es mentira; bien quisiera que vuestro mensajero os hubiera engañado y que Rudigero gozara aún de la vida; lo quería mucho; ya pueden llorarle para siempre hombres y mujeres.»

Cuando supieron ciertamente que Rudigero había muerto, lloraron los guerreros como se lo exigía el afecto. Los hombres de Dietrich vertieron lágrimas que caían de sus mejillas á la barba: sentían un grandísimo pesar.

Siegstab, el duque de Berna, dijo: «Ha tenido fin la ventura que Rudigero nos había proporcionado, después de nuestros días de desgracia. La alegría de un pueblo expatriado yace ahí muerta por vuestras manos.»

El jefe de los Amelungos, el héroe Wolfwein, dijo: «Aun cuando viera muerto á mi padre, no sufriría tanto pesar como con la muerte de Rudigero. ¿Quién consolará ahora á la margravesa?»

Poseído por la cólera, dijo el héroe Wolfhart: «¿Quién guiará á nuestros guerreros en muchas expediciones como el margrave lo hizo? ¡Oh, muy noble Rudigero, lástima que te hayamos perdido!»

Wolfrando, Helferico y también Helmnót con todos sus amigos, lloraron su muerte. El llanto no dejó preguntar más á Hildebrando. «Ahora, guerreros, haced lo que mi señor me ha mandado.»

«Sacad al muerto Rudigero de la sala donde han muerto todas nuestras alegrías. Dejad que le tribute-mos honores al que á nosotros y á muchos hombres ha hecho tan grandes beneficios.

«Nosotros, como Rudigero, estamos aquí fuera de nuestra patria; ¿á que suplicar? Dejad que nos lo llevemos para que lo honremos muerto; lo mismo hubiéramos hecho durante su vida.»

El rey Gunter respondió: «Ningún servicio es tan bueno como el que hace el amigo á su amigo muerto. Obrar así se llama fidelidad y constancia: con razón queréis honrarlo, os quería mucho.»

«¿Cuanto tiempo ro-garemos todavía?» preguntó el héroe Wolfhart. «Ya que hemos perdido nuestro con-

suelo por vuestra causa y que no nos alegrará su presencia, dejad que lo llevemos á donde se entierran los guerreros.»

A estas palabras, contestó Volker: «Nadie os lo dará, pero entrad por él al palacio donde yace el héroe, con muchas heridas en el corazón, bañado en su sangre. Así será completo el servicio que queréis hacer á Rudigero.»

El fuerte Wolfhart, respondió: «Dios sabe, señor músico, que no hace falta provocarnos: nos habéis causado grave daño. Si me atreviera delante de mis señores, os ocurriría una desgracia; pero tenemos que estar quietos, no nos es permitido combatir.»

El músico le replicó: «Muy prudente es el que deja de hacer lo que quiere, porque le está prohibido, pero no puedo decir que eso lo hagan los guerreros valientes.» El discurso agradó á Hagen, su buen compañero de armas.

«No será vuestra la jugada», le contestó Wolfhart, desafinaré de tal modo las cuerdas de vuestro laúd, que no podréis alabaros cuando volváis al Rhin. Vuestra arrogancia no puedo soportarla sin deshonor.»

El músico dijo: «Si de mi instrumento rompéis los suaves tonos, mi brazo hará perder á vuestro casco su brillantez y sin que importe cómo, regresaré á Borgoña.»

Wolfhart quiso arrojarle sobre él, pero su tío Hildebrando lo contuvo con fuerza. «Creo que no te debes dejar llevar de tu violenta cólera, pero si lo haces, perderás el favor de mi señor.»

«Dejad al león, maestre; se siente furioso, pero si se acerca á mí», dijo el buen héroe Volker, «aun cuando sus manos hubieran domeñado al universo, le daré un golpe que no le deje hablar en lo venidero.»

La cólera excitó al de Berna. Wolfhart, el bueno y atrevido guerrero, se cubrió con el escudo y avanzó como un león furioso. Todos sus amigos lo siguieron al momento á la pelea.

A violentos saltos se dirigió contra los muros de la sala, pero el viejo Hildebrando llegó primero: no quería que entrara en el combate antes que él. Pronto hallaron en los extranjeros lo que querían.

El maestre Hildebrando se arrojó sobre Hagen y se oyó crujir las espadas en las manos de los héroes. Su cólera era tan grande, que le brillaban sus ojos. Las dos espadas movían un aire ardiente.

En lo más terrible del combate, fueron separados por la fuerza y la cólera de los de Berna. El maestre Hildebrando se separó de Hagen y entonces el atrevido Wolfhart acometió al fuerte Volker.

Descargó tan fuerte golpe en el casco del músico, que el filo de su espada se inflamó, pero con tal vigor se lo devolvió el artista, que la armadura de Wolfhart despidió chispas.

Brotaba el fuego de sus corazas, pues la más grande furia animaba á los unos contra los otros. El guerrero Wolfwein de Berna los separó; sino hubiera sido un héroe, no lo hubiera conseguido nunca.

Gunter el fuerte rechazó con poderoso brazo á los terribles guerreros Amelungos. El joven Geiselher dejó tinto con olas de sangre más de un brillante casco.

(CONTINUARÁ)



POR ESOS TEATROS

Ojeada general.—Obras del repertorio antiguo en Novedades.—La compañía de ópera del Tívoli.—Noticias teatrales.

Teniendo en cuenta la época del año en que nos encontramos y la circunstancia de permanecer cerrados algunos de los más importantes coliseos, el movimiento teatral ha sido durante la anterior quincena relativamente importante.

El Liceo, Romea, el Principal, todos los teatros de invierno, han continuado cerrados, lo cual puede afirmarse también de Eldorado y algún otro de la ciudad nueva. Novedades lo ha estado á medias, pues no ha tenido abiertas sus puertas más que los sábados y domingos, en que ha actuado en él una aceptable compañía de zarzuela catalana que ha sacado del olvido en que vivían algunas obras del repertorio antiguo, como "De Sant Pol al polo Nort," "De la terra al sol," "Robinson Petit," etcétera, introduciendo en algunas, como la primera de las citadas, de la que es autor el señor Coll y Britapaja, diversas modificaciones que las dan cierto sabor de actualidad.

El público que ha asistido á dichas representaciones ha sido siempre numeroso, habiendo sido recibidas aquellas obras con singular regocijo, lo cual prueba que una buena parte de los espectadores asiste al teatro, no para saborear las bellezas literarias que puedan tener las producciones que se representen, sino para pasar alegremente la velada, olvidando con unas cuantas horas de alegría los sinsabores de la vida ó descansando de las fatigas de una semana de trabajo.

La compañía de ópera del teatro del Tívoli, ha continuado obteniendo los favores de los aficionados á la música que, si bien no han encontrado en la representación de las obras de los grandes maestros el grado de relativa perfección que alcanzan en el Liceo, no han dejado de saborear las bellezas que contienen todas ellas y que aquellos artistas han procurado hacer resaltar según la medida de sus fuerzas.

Además la empresa, esmerándose en corresponder al favor del público, ha procurado dotar de todo el aliciente posible las representaciones, habiendo contratado para un buen número de ellas al notable barítono señor Blanchart quien, después de la brillante campaña que realizó el invierno pasado en el Real de Madrid, no ha desdenado la ocasión de presentarse ante el público del Tívoli, no por más democrático menos inteligente que el del teatro madrileño.

Una de las obras que mejor interpretación ha alcanzado por parte de todos los artistas que constituyen la compañía, ha sido sin duda "Hensel y Gretel," á la cual no han ido en zaga "La Bohemia" y el "Faust."

Durante estas últimas noches se han celebrado diversos beneficios que han contribuido á hacer más numerosa la concurrencia á aquel teatro.

El último acontecimiento de la temporada, que con-

cluirá dentro algunos días, habrá sido el estreno del "Don Juan" de Mozart, obra casi desconocida de la mayoría de los aficionados barceloneses por no haberse representado en nuestros teatros desde muchos años atrás.

La primera representación de dicha obra estaba anunciada para el martes, día 12, habiéndose encargado del papel de protagonista el señor Blanchart.

De la acogida que haya dispensado el público del Tívoli á la producción de Mozart, nos ocuparemos en nuestro próximo número, pues en éste no tenemos tiempo ni espacio suficientes.

Cuando cesen las representaciones de ópera en aquel teatro, se convertirá su platea en pista y empezarán las funciones ecuestres, acrobáticas, gimnásticas, etcétera de la compañía Alegría, cuyo director ha estado recientemente en Barcelona para preparar la temporada.

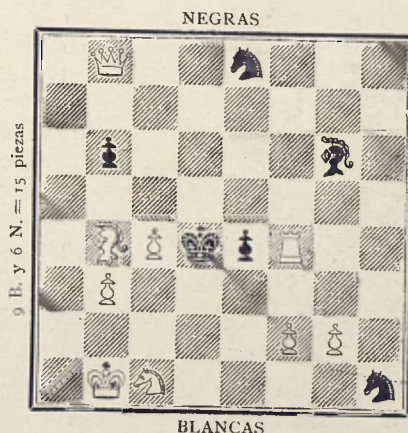
La de invierno en el Liceo parece que resultará brillante, teniendo ya escriturados el empresario señor Bernis para formar la compañía diversos artistas de singular renombre y habiendo manifestado el deseo de presentar las obras con el mayor lujo y la mayor propiedad posibles.

De su viaje á Italia para reclutar cantantes, ha regresado el señor Bernis con la autorización para representar la ópera "Cristoforo Colombo," que es esperada con vivo interés por los aficionados.

UN ESPECTADOR

SECCIÓN DE AJEDREZ

PROBLEMA 52.—M. EHERENSTEIN



Las Blancas juegan y dan mate en 3 jugadas

SOLUCIÓN AL PROBLEMA 51, POR EL DR. A. W. GALITZKI

1. P 4 C R etc.

MONTSERRAT
ALBUM al tamaño 28 x 35
conteniendo
32 reproducciones
FOTOGRAFICAS
INÉDITAS
Precio 3 pesetas.

A LOS TOROS
ALBUM
POR

D. DANIEL PEREA
conteniendo 28 acuarelas
al cromo

VENDESE en las
principales
LIBRERÍAS

LITOGRAFIA

montada con todos los
ADELANTOS MODERNOS
y la mas IMPORTANTE
DE
BARCELONA.

HERMENEGILDO MIRALLES
calle Bailén, 59.

Etiquetas
y
CAJAS
DE LUJO
CON
RELIEVES.
PARA LA
INDUSTRIA.

ENCUADERNOS
Industriales
ARTÍSTICAS
AZULEJOS
cartón piedra
PLATOS,
etc. etc.



¡Mire que tiene bemoles este descubrimiento! ... ¡Poder ver lo que lleva ahí dentro ese granuja sin necesidad de echarle el guante!